PRÓLOGO

Kurt caminaba por un terreno yermo y baldío, envuelto en húmedas nieblas fantasmales que se cerraban sobre él y se adherían a su piel como si se tratase de manos espectrales que intentaran atraparlo con sus dedos ganchudos y pegajosos. Andaba encorvado, con dificultad, casi arrastrándose, con sus últimas fuerzas. Su respiración era pesada e irregular; tenía los pulmones ardiendo después de vagar durante tantos días por aquel erial envenenado. Sus ojos cansados y hundidos apenas veían más allá de lo que tenía delante. Llevaba horas dando vueltas sin rumbo fijo, esperando, simplemente, que le llegara la muerte.

No se percató de que algo cambiaba en aquel horizonte gris. Más allá las nieblas parecían aclararse, y una difusa línea verde comenzaba a distinguirse detrás.

Kurt no se dio cuenta de hacia dónde se dirigía hasta que se detuvo un momento a recuperar aliento y alzó la mirada.

Entonces los vio.

Sombras que se alzaban entre las nieblas. No serían más de una docena, pero se erguían orgullosas y altivas, y parecían estar aguardándolo. Sombras humanas.

Kurt se estremeció y se miró las manos, unas manos llenas de bultos bajo una piel quemada por la radiación. No dudaba que el resto de su cuerpo presentaba el mismo aspecto, y tampoco dudaba que ningún ser humano podría vivir allí sin acabar como él.

Se esforzó por ver mejor entre la niebla. Aquellas personas no parecían enfermas. ¿Estaría llegando a alguna duma, como aquélla de la que había escapado?

Kurt estuvo a punto de dar media vuelta, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo, de rodillas. Con un poco de suerte moriría antes de que lo llevasen a la duma. No, no quería volver a la duma, a ninguna duma. Por eso había huido, por eso había vagado día y noche por los Páramos, aquel desierto envenenado por la contaminación y la radiación, enfrentándose a una muerte dolorosa y horrible. Cualquier cosa antes de tener que soportar aquel enloquecedor dolor de cabeza.

Cuando quiso darse cuenta, las siluetas que se recortaban entre las nieblas ya no eran simples sombras, sino hombres y mujeres de carne y hueso que lo rodeaban con gesto serio. Kurt hizo un esfuerzo y logró echarles un vistazo.

© Laura Gallego García

Vestidos con pieles de animales, tocados con plumas, provistos de armas tan primitivas y elementales como lanzas, espadas, arcos y flechas, aquellos hombres y mujeres lo miraban con el orgullo dibujado en sus rostros morenos y angulosos, y el desprecio reflejado en sus ojos de aguilucho. Tras ellos aguardaban sus monturas, unos extraños animales bípedos de pelaje rojizo. A Kurt se le heló la poca sangre que le quedaba en las venas.

Aquellas personas eran lo que los urbanitas, los habitantes de las dumas, llamaban "salvajes".

Así pues, había llegado a los límites de Mannawinard.

No había sido aquélla su intención al huir de la duma, loco de dolor. Entonces, hasta los emponzoñados Páramos le habrían parecido un destino mejor que el aterrador Mannawinard, la inmensa y despiadada selva donde sólo había dos opciones: aprender a vivir como animales, o morir.

Kurt miró a los salvajes con cansancio. Sabía que, después de tanto tiempo errando por los Páramos, comiendo los pequeños animales mutantes que cazaba y bebiendo las aguas de estanques contaminados, él mismo estaba tan enfermo que no le sería ya posible iniciar una nueva vida en ningún otro lugar. Había perdido el cabello, estaba casi ciego y su cuerpo se hallaba lleno de bultos que no eran otra cosa que tumores provocados por la radiación. Se le caía la piel a pedazos, tenía la sangre envenenada, los pulmones abrasados y el sistema digestivo casi destrozado.

—Matadme —pidió a los salvajes, con el poco aliento que le restaba—. Matadme, por favor.

Ellos no dieron muestras de haber entendido sus palabras. Mientras mantenían una rápida conversación en un idioma que Kurt no entendía, el urbanita sintió que llegaba al límite de sus fuerzas. Se le nubló la vista y, con un apagado jadeo, cayó de bruces al suelo agrietado y polvoriento.

Cuando recobró la consciencia, el escenario había cambiado notablemente. Se hallaba fuertemente amarrado a un poste, y había algo fresco y suave a sus pies, algo inquietantemente vivo. La luz del sol se filtraba lentamente por una especie de tamiz que estaba justo sobre él, y se oían misteriosas melodías que Kurt no había escuchado nunca. Lentamente, sus castigados ojos lograron ver algo de que lo que había a su alrededor.

Estaba en un bosque, atado a un árbol, sentado sobre la hierba, escuchando los cantos de los pájaros.

Naturalmente, puesto que Kurt había nacido en una duma, una de las enormes megaciudades que se

© Laura Gallego García

alzaban más allá de los Páramos, nunca había visto nada semejante. Pero había oído hablar de ello, le habían explicado todo aquello en las clases de historia del colegio, desde que era un niño. Se llamaba Naturaleza. Y era enemiga del hombre y su tecnología.

Kurt sintió que se le encogía el estómago de terror.

Estaba en Mannawinard. ¿Por qué no le habían matado los salvajes?

—No tengas miedo —dijo de pronto una voz justo a su lado, una voz femenina.

Kurt se volvió hacia allí y, con dificultad, logró distinguir los rasgos de una muchacha. Era muy joven, pero, aun así, su largo cabello era del mismo color que sus ropas, blancas como la nieve.

—Hablas mi idioma —pudo decir—. ¿Eres urbanita?

La chica no contestó. Le dio a beber algo, y Kurt aceptó casi sin darse cuenta. Un líquido fresco, pero que no sabía a nada.

—Me llamo Hana —dijo ella—, y soy sacerdotisa de Tara.

Kurt logró esbozar una sonrisa con sus agrietados labios. Los salvajes eran tan primitivos que aún creían en dioses. ¿Cómo podía una parte de la humanidad haber dado un paso atrás tan gigantesco en su evolución?

—Matadme —dijo Kurt, sin plantearse por qué la muchacha podía comunicarse con él con tanta facilidad—. Estoy enfermo, y no quiero vivir como vosotros. Matadme.

Hana se sentó junto a él, aparentemente sin dejarse impresionar por su aspecto, y le dirigió una mirada límpida y profunda.

—Los Ruadh estaban a punto de ejecutarte —le informó—. Pero yo he hablado con el jefe Conall y le he pedido tu vida.

—¿Por qué has hecho eso? —gruñó Kurt—. Ya te he dicho que quiero morir. ¿O es que puedes curarme con tus artes oscuras?

Hana sonrió.

—Yo no puedo curarte con mi magia —dijo—, aunque estoy segura de que en Mannawinard existen poderes que pueden lograr lo imposible. Pero, de todas formas, los Ruadh nunca te dejarían entrar en el bosque. No eres uno de nosotros.

—No quiero ser uno de vosotros —replicó rápidamente Kurt.

© Laura Gallego García

—No podrías. El brujo ha descubierto que algo en tu cabeza no es natural.

Kurt tardó un momento en entender lo que quería decir.

El urbanita pertenecía a una buena familia, pero, por alguna razón, algo había salido mal en las planificaciones de los genetistas, y había nacido con un defecto congénito: le faltaba parte del cráneo. Eso no había supuesto ningún problema para él, puesto que la ciencia en las dumas podía hacer cosas tales como dotarle de un cráneo artificial mediante una sencilla operación. Quizá la salvaje se refería a eso.

—Matadme de una vez —gruñó de nuevo Kurt.

—Hace varios años que no acude nadie a Mannawinard —le explicó ella, como si no le hubiera oído—. Tú eres el primero. ¿Por qué has venido?

Kurt gruñó otra vez, pero hacía rato que sus dolores habían disminuido, y en el fondo echaba de menos la conversación con otro ser humano, aunque fuera una salvaje. De modo que le habló de sus dolores de cabeza.

Había pasado treinta años viviendo con su cráneo artificial sin tener un solo problema. Pero, transcurrido este tiempo, algo había empezado a cambiar. Primero eran pequeños pinchazos en la sien, después se convirtieron en jaquecas crónicas, luego en una migraña casi permanente. Lo había probado todo, pero los médicos no lograban remediar su mal. Le hicieron multitud de reconocimientos y todos concluyeron lo mismo: estaba sano, no había ningún problema en su cabeza, su cráneo no estaba deteriorado.

Los dolores se hicieron casi insoportables. Kurt dejó su trabajo en la gran empresa Protogen, abandonó a su familia, dejó de ver a sus amigos. Descubrió que los dolores se hacían más intensos cuando pasaba cerca de la alta torre que habían construido en el centro de la ciudad; se quejó al Consejo, pero le dijeron que era imposible que la actividad de la torre provocara sus migrañas, porque en ningún caso afectaba a los seres humanos.

Sin embargo, Kurt sabía que no era así. Se fue a vivir a otra duma, pero sus dolores no desaparecieron. Finalmente, loco de dolor, se atrevió a abandonar la ciudad y a internarse en los Páramos. Lejos de las dumas, las migrañas cesaron, pero la contaminación de aquel lugar maldito comenzó a envenenar su cuerpo lentamente.

Hana escuchó su historia con atención. Después habló, con voz suave y serena:

—Cuando comenzó la guerra entre Mannawinard y los urbanitas de las dumas, muchos de éstos

© Laura Gallego García

huyeron para unirse a nosotros y regresar al seno de la Madre Tierra. Durante muchos siglos, sin embargo, los Páramos actuaron como una frontera infranqueable, porque nadie podía adentrarse en ellos sin morir instantáneamente. Pero con el tiempo el aire limpio de Mannawinard logró purificar en parte la atmósfera contaminada de los Páramos, y de nuevo volvimos a recibir a prófugos de las dumas. No eran muchos, eso es cierto, pero acudían a nosotros. Y de pronto, un día dejaron de venir. Por eso nos interesa mucho saber por qué, después de tanto tiempo, has aparecido tú aquí hoy.

—Ya te lo he contado, ya te he dicho lo que sé. Ahora, por favor, ayúdame a morir.

—¿Y qué vas a hacer después?

—¿Después?

—Cuando mueras, ¿a dónde irás?

Kurt dejó escapar una amarga carcajada.

—Nadie va a ninguna parte después de muerto, niña.

—Te equivocas. Todos vamos a donde queremos ir porque, tras la muerte del cuerpo, nuestro espíritu por fin es capaz de volar libre. Si tú crees que no irás a ninguna parte, puede que entonces tu espíritu muera de verdad.

Con las escasas fuerzas que le quedaban, Kurt trató de deshacerse de las cuerdas que lo mantenían atado. No lo consiguió.

—¡Maldita sea, niña, cállate y déjame morir de una vez!

Ella no se inmutó. Se inclinó junto a él.

—Si pudieses elegir, ¿a dónde irías?

Kurt calló un momento. Sus ojos se nublaron.

—Iría a un lugar donde existiera la paz. Un lugar donde mi cabeza pudiera por fin quedar en silencio.

—Entonces allí es a donde irás, Kurt Kappler de Duma Kendas —susurró la muchacha con dulzura.

Kurt no se preguntó por qué conocía ella su nombre. Cerró los ojos y una maravillosa sensación de bienestar lo recorrió de arriba a abajo. “¿Será magia?”, se dijo, absolutamente aterrado. Pero no tenía fuerzas para resistirse.

El dolor cesó, y una inmensa paz se apoderó de él. Finalmente, con una serena sonrisa en los labios, Kurt expiró.

© Laura Gallego García

Hana se quedó un momento inmóvil bajo la sombra de la última fila de árboles, contemplando el horizonte envuelto en niebla, meditando las palabras del urbanita. Tras ella, silenciosas, las mujeres de su grupo esperaban su señal.

Hana había sido elegida por la diosa Tara para iniciar un acercamiento entre los urbanitas y los habitantes del bosque, la Sacerdotisa Kea se lo había comunicado apenas unos meses antes. Ella y sus compañeras debían abandonar Mannawinard, quizá para siempre, e instalarse en aquel lugar desolado que había destrozado con su veneno el cuerpo de Kurt Kappler. Su misión era fundar una comunidad que extendiese la voz de Tara más allá de los lindes de Mannawinard.

Pero Hana no tenía miedo, aunque sabía que echaría de menos Mannawinard y su vida sirviendo a Tara, la Diosa Madre, la divinidad de la Tierra, que había resucitado para volver a tomar el control del planeta.

Recordó la extraña historia de Kurt, y frunció el ceño. Sospechaba que aquella información era importante, muy importante, pero no sabía en qué sentido.

"Algún día, lo averiguaremos", se dijo a sí misma, llena de fe. "Y te prometo, Kurt, que nadie más sufrirá como tú". Sabía que, para cumplir su promesa, harían falta años, quizá siglos; pero alguien debía dar el primer paso.

Hana se volvió hacia sus compañeras. Todas ellas estaban nerviosas, pero le devolvieron una mirada decidida.

Una suave brisa las envolvió, como un cálido aliento de despedida, y jugó con los cabellos blancos de Hana. Ella sonrió. Así hablaba con los suyos la Diosa Madre.

Pero Hana pudo percibir algo más en aquella brisa, algo que ninguna de sus compañeras fue capaz de captar: el espíritu de Kurt descansaba por fin, en un lugar lleno de paz y silencio.

La muchacha sonrió de nuevo. Cargó con sus escasas pertenencias y dio un paso hacia adelante, y después otro, y otro, hasta que las nieblas de los Páramos se la tragaron.

Una tras otra, las mujeres elegidas la siguieron.

© Laura Gallego García

CAPÍTULO I: CIELOS DE ACERO.

Kim se enfundó los guantes negros, pensativa, y miró hacia arriba, tan arriba como podían alcanzar sus ojos. El enorme edificio de la sucursal de Probellum se alzaba hasta el infinito y se perdía en el cielo nocturno.

La muchacha suspiró casi imperceptiblemente y flexionó un brazo, sintiendo los músculos bajo la piel. Asintió, satisfecha, y procedió a doblar el otro brazo y a mover un poco las piernas, sólo para asegurarse de que no estaba entumecida de tanto esperar. Necesitaba que todo su cuerpo estuviese en perfectas condiciones aquella noche.

Apoyó la espalda en la pared y miró a su alrededor. Aquella amplia avenida del Centro de Duma Findias estaba casi vacía. Apenas unas horas antes bullía de actividad, repleta de jóvenes que estaban de juerga. Ahora, después de que los robots vigilantes hubiesen dado el toque de queda, apenas sí quedaba algún rezagado borracho, arrastrándose hacia la zona residencial.

Kim los había observado gritar, reír, hacer ruido y divertirse entre las luces de neón. Sabía que nunca sería como ellos, pero no los envidiaba. Llevaba aquella vida por elección propia. Una vez, tiempo atrás, ella también había vivido en el Centro.

—Una jaula de oro —murmuró para sí misma.

De pronto se le puso la piel de gallina y sintió que alguien se deslizaba hacia ella, entre las sombras. Aguzó el oído, un oído extraordinario, mejorado biotecnológicamente para escuchar hasta el más leve soplo de brisa, y percibió unos pasos que se acercaban.

Fue visto y no visto. Con un movimiento de pantera se separó de la pared, sacó su arma y apuntó a la oscuridad.

—No des un paso más —advirtió, con voz fría y acerada.

—Kim, soy yo.

Kim no apartó la pistola hasta que vio emerger de las sombras a un hombre fornido y musculoso, con el cráneo rasurado, también vestido de negro.

—TanSim —murmuró ella entonces, de mal humor—. ¿Se puede saber por qué llegas tan tarde?

© Laura Gallego García

—Hay un cambio de planes.

Kim lo miró, intrigada y suspicaz. TanSim sonrió.

—Olvídate de Probellum, pequeña. Esta noche va a caer un pez más gordo.

Kim sintió inmediatamente en sus venas el veneno de la excitación del peligro, el riesgo y la aventura. Probellum era la megacorporación más avanzada en armamento y sistemas de defensa, y su sucursal de Duma Findias era un auténtico fortín. La muchacha llevaba semanas preparando aquel asalto, pero, si TanSim tenía razón y sus superiores les habían encargado algo más difícil…

Ladeó la cabeza y miró a su compañero, exigiendo una explicación.

—Nemetech —dijo él, con una amplia sonrisa.

Kim respiró hondo. Nemetech tenía su sede central en Duma Findias, y era prácticamente la dueña y señora de la ciudad. Nemetech no tenía un edificio de ciento cincuenta plantas, como Probellum. Nemetech iba mucho más allá: sus instalaciones de Duma Findias estaban constituidas por todo un complejo de edificios enormes y altísimos, una ciudad dentro de la ciudad.

Pese a ello, sólo había dos cosas interesantes que robar en Nemetech: prototipos e información.

Kim sonrió. La mejor forma de robar información era contar con los servicios de un hacker; y la chica sólo conocía a uno lo suficientemente bueno como para poder entrar en los archivos virtuales de Nemetech. Ese uno no pertenecía a la Hermandad, y Kim sabía positivamente que no se molestaría en escuchar a alguien como TanSim.

Por tanto, sólo quedaba una posibilidad: robar prototipos del LIBT, Laboratorio de Investigación Biotecnológica, de Nemetech.

Kim alzó la cabeza para mirar a su compañero.

—No voy a entrar ahí contigo, TanSim —le advirtió.

El mercenario le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Por qué no, pequeña? ¿Tienes miedo?

—Soy prudente —replicó ella—. No es que dude de tu talento, amigo mío, pero reconoce que el LIBT de Nemetech es algo que excede tus capacidades.

TanSim hizo una mueca de desprecio.

—Todavía te acuerdas de aquello, ¿eh? Admítelo, pequeña, Duncan el Segador está muerto, y no va

© Laura Gallego García

a volver sólo porque tú le eches de menos.

—No le echo de menos —replicó Kim secamente—. Pero era el mejor mercenario de la Hermandad, mejor que tú y que yo, y que Donna, lo sabes. Era el mejor y cayó allí dentro. Es como para pensárselo, ¿no crees?

—Depende de cuánto paguen.

Kim no respondió. Sabía que algún día haría una incursión en el LIBT de Nemetech, sabía que saldría con vida. Pero todavía no estaba preparada. En el fondo, pese a lo que quisiera hacer creer a sus compañeros, aún sentía una punzada de dolor al evocar a Duncan, el mejor mercenario de todas las dumas, su maestro, su amigo.

—No sufras, pequeña —añadió TanSim—. No vamos a entrar en el LIBT, o, al menos, no esta noche.

Kim lo miró, intrigada. TanSim sonrió de nuevo.

El pequeño robot rastreador se detuvo junto al muro de seguridad. Una luz roja parpadeó en la parte superior de su armazón; bip-bip, hizo el robot suavemente. Sus sensores habían detectado algo extraño en un rincón en sombras, así que procedió a iniciar el activado del mecanismo que daría el aviso a los guardias de seguridad.

Nunca llegó a hacerlo. Un pequeño rayo láser salió de las sombras y fundió sus circuitos de orientación en apenas unas centésimas de segundo.

El robot emitió un agudo pitido y salió rodando a toda velocidad, humeando, alejándose de allí y perdiéndose en la oscuridad.

Sobrevino un silencio. Entonces, lentamente, una sombra se deslizó junto a la pared, una sombra ágil, rápida, silenciosa y letal.

El intruso miró a su alrededor. No se veía al robot rastreador por ningún lado, y los vigilantes, según sus informes, no tenían que aparecer por aquel sector hasta dos minutos después.

Dos minutos. Eso bastaría.

Alzó la cabeza para mirar a lo alto del enorme edificio que tenía frente a sí. Como la mayoría de rascacielos del Centro, sus últimos pisos rozaban las oscuras nubes, del color del acero, que siempre cubrían

Duma Findias. El incursor sonrió para sí mismo bajo el pasamontañas negro, y activó con sólo desearlo su mecanismo de visión nocturna. Apenas se oyó un leve zumbido: bzzzzzzz, y alrededor de sus ojos azules aparecieron dos cercos metálicos que, a la manera de unos anteojos, crecieron directamente desde su piel para formar unos prismáticos. Cuando la lente se cerró ante sus pupilas, el intruso volvió a mirar hacia arriba. Otro zumbido, bzzzzzz, y el zoom de los pequeños prismáticos enfocó a una de las ventanas.

El intruso estudió la ventana con atención, calibrando todas las posibilidades. Una voz metálica sonó desde el intercomunicador colocado cerca de su oído.

—¿Lo tienes, Cuña?

—Lo tengo, Trueno —respondió el intruso en un susurro; su voz quedó ligeramente ahogada por la tela del pasamontañas—. Piso cuarenta y ocho. Doble cristal de seguridad. Pan comido.

—He desactivado la alarma, Cuña. El resto es cosa tuya. ¿Podrás alcanzarlo?

—Es un juego de niños.

El incursor cortó la comunicación y miró a su alrededor. Se oían pasos un poco más allá, de modo que decidió apresurarse. Volvió a centrar su mirada en la ventana del piso treinta y ocho. Bzzzz, volvió a zumbar el aparato.

—Objetivo centrado —sonó una voz cibernética, tan leve que sólo el intruso pudo oírla—. Coordenadas fijadas.

—Sistema de propulsión —murmuró él, en respuesta.

Sintió enseguida que las suelas de sus botas se recalentaban.

—Sistema de propulsión activado —replicó la voz cibernética.

El intruso hizo que sus pequeños prismáticos volvieran a retraerse hasta quedar ocultos de nuevo bajo la piel, como si jamás hubiesen estado allí. Volvió la cabeza hacia una esquina y oyó perfectamente cómo los pasos se acercaban….

—Bien, allá vamos —murmuró.

Las suelas de sus botas emitían un tenue resplandor azulado. Se oyó un leve sonido, zziiiiipp, y, súbitamente, el incursor salió impulsado hacia arriba, como un cohete, pero sin hacer el menor ruido…

Se detuvo frente a la ventana que había estado estudiando momentos antes. Se quedó un momento así, flotando en el aire, mientras dos guardias de seguridad pasaban justo por el lugar donde había estado,

© Laura Gallego García

cuarenta y ocho pisos más abajo. Colocó entonces las palmas de las manos, cubiertas por guantes negros, contra el cristal, y quedó inmediatamente fijado a él. El resplandor de las suelas de las botas desapareció. El desconocido adelantó entonces los pies, y las puntas de sus botas se adhirieron también a la ventana. Se quedó un instante inmóvil, como una enorme araña negra, y entonces, lentamente, separó una de las manos y extendió el dedo índice hacia el cristal.

Zzzzzz… inmediatamente, de la punta del dedo emergió un pequeño rayo láser de color rojo.

El intruso no tuvo que esperar mucho tiempo. Apenas unos minutos después, el láser había fundido parte del cristal, haciendo un agujero lo bastante grande como para que pudiera entrar por él.

Así lo hizo. Su cuerpo era ágil, esbelto y elástico. En cuanto puso los pies dentro del edificio se ocultó en un rincón en sombras en la pared y escuchó.

Nada. Ni un solo ruido.

—Trueno, estoy dentro —susurró por el intercomunicador—. Esto parece estar desierto.

—No deberías encontrar ningún problema —le respondió la voz cerca de su oído—. Es sólo un edificio de almacenamiento. Lo que buscamos está un poco más allá, en el ala tres…

El incursor cortó súbitamente la comunicación al oír un pequeño zumbido que venía del fondo del pasillo. Contuvo el aliento mientras un robot achatado y lleno de luces azules pasaba ante él moviendo en el aire un montón de pinzas. Se detuvo un momento en el pasillo, emitió un leve pitido, extendió un apéndice hacia el rincón donde se ocultaba el extraño…

Se oyó otro zumbido. El robot se limitó a aspirar el polvo y siguió su camino.

—Cuña, ¿qué pasa?

—No es nada —respondió el intruso por el intercomunicador—. Los de la limpieza. ¿Y ahora, qué?

—El almacén está a tu derecha. La cuarta puerta después de la segunda intersección.

—Oído, Trueno. Voy para allá.

El incursor volvió a cerrar la comunicación y se deslizó, sigiloso como la noche, en la dirección indicada.

No tardó mucho en llegar. Una gruesa puerta metálica le cerraba el paso, y se inclinó para examinar el panel de control.

—Trueno, ¿ya tienes los códigos? —susurró por el intercomunicador.

© Laura Gallego García

—Dame un minuto, ¿quieres? Si sólo…

El intruso se apartó un poco y extendió el dedo hacia el panel, con un suspiro exasperado. En apenas unas décimas de segundo su rayo láser había fundido los circuitos, y la puerta se abría sin ruido ante él.

—¡Eh! —protestó la voz del intercomunicador—. Te dije que…

—Aprende a ser más rápido, pequeño —replicó el otro con sorna.

Entró en el almacén con precaución, pero enseguida se dio cuenta de que no había nadie allí. Ni siquiera había detectores de calor o sensores de movimiento, y daba por sentado que su compañero habría desactivado las cámaras de seguridad.

El incursor se quitó el pasamontañas, dejando al descubierto una corta melena rubia y un rostro femenino y juvenil, pero duro como el acero.

—Basura —gruñó Kim, decepcionada—. ¿Qué es lo que buscamos aquí? No puede ser nada importante.

—¿Te lo repito otra vez, Cuña? —La voz de TanSim sonaba burlona por el intercomunicador—. Un biobot, pequeña. Un simple y vulgar biobot.

Kim movió la cabeza con un suspiro.

—Absurdo —dijo—. Bueno, veamos qué hay por aquí.

Encendió la linterna y paseó la luz por el almacén.

Aquella visión la sobrecogió. Estantes y estantes recubrían las paredes desde el suelo hasta el techo; en ellos se alineaban cientos y cientos de bustos con forma humana, todos iguales, todos fríos, rígidos y sin vida.

Androides biónicos.

—Trueno, hay miles —susurró Kim, irritada—. ¿No sirve uno cualquiera?

—Ya sabes que no —replicó la voz de TanSim por el intercomunicador—. El cliente manda. Y el cliente ha dicho: androide biónico marca Nova, número de serie AD-23674-M. Y no otro.

Kim suspiró de nuevo y se acercó a las estanterías, para ir revisando, uno por uno, el número de serie, sin terminar de comprender muy bien qué estaban haciendo allí.

Como mercenaria de la Hermandad Ojo de la Noche, la asociación de ladrones y asesinos más poderosa de todas las dumas, Kim estaba considerada parte de la élite de aquel oficio. A sus diecisiete años

era una de los mejores, y lo sabía. No en vano había dedicado parte de su vida a entrenarse, a aprender a moverse por toda clase de ambientes, a colarse en cualquier lugar, por vigilado que estuviera. No en vano había gastado tiempo y dinero mejorando su cuerpo con implantes subcutáneos que la hacían más rápida, más ágil y, sobre todo, más fuerte. Aquello era una práctica habitual entre los mercenarios, y Kim podía enorgullecerse de tener un cuerpo casi de acero, altamente preparado para el combate. En el Ojo de la Noche eran perfectamente conscientes de sus capacidades y, por ello, sólo le encargaban las misiones más importantes o más difíciles.

Y aquella situación no encajaba muy bien con el perfil de los trabajos a los que ella estaba acostumbrada.

Androides biónicos. Biobots, como se los conocía familiarmente. La joya de Nemetech.

Mientras recorría el almacén en busca del androide AD-23674-M, Kim siguió pensando en Nemetech, una gigantesca empresa dedicada a la investigación en las tecnologías más avanzadas. Al principio se había limitado a la fabricación de robots pero, como solía suceder en un mundo en que la política de empresa consistía en crecer hasta aplastar a la corporación de al lado, Nemetech pronto había extendido sus tentáculos hacia otros campos, y había empezado a realizar experimentos genéticos y biotecnológicos en sus laboratorios secretos. Esto le había permitido lanzar al mercado los biobots, los androides biónicos, que al salir de la fábrica no eran más que un busto humanoide, cabeza, cuello y hombros, pero que tenían la capacidad de asimilar y procesar materiales para construirse sus propios cuerpos adaptándose a las circunstancias. Los biobots fueron pronto muy populares, y Nemetech desbancó a casi toda la competencia en inteligencia artificial. Actualmente, Nemetech fabricaba la mayoría de los modelos de las dumas, y sus biobots estaban por todas partes.

Por todas partes. En las calles, en las casas, en los establecimientos, incluso se habían hecho imprescindibles para las empresas de la competencia. Eran abundantes y baratos.

¿Por qué querría alguien robar uno del mismo almacén de Nemetech?

Kim se encogió de hombros y decidió no pensar más en el asunto. Le pagaban para que realizara un trabajo, no para que hiciera preguntas.

© Laura Gallego García

Finalmente encontró la estantería de las unidades de serie AD, y respiró hondo, satisfecha. No terminaba de encontrarse cómoda en aquel lugar, con tantos biobots aguardando, silenciosos, en interminables filas contra la pared. Sólo a Nemetech se le ocurría fabricar robots con forma humanoide. Kim, personalmente, lo encontraba de muy mal gusto.

—¿Cuña? —La voz de TanSim por el transmisor casi logró sobresaltarla—. ¿Lo tienes ya?

Kim esbozó una sonrisa. Tampoco a él parecía gustarle aquella misión tan extraña, y eso que no había tenido que entrar en el edificio; su papel en la incursión se limitaba a desbaratar los circuitos de cámaras y alarmas desde fuera.

El haz de su linterna siguió recorriendo la fila de biobots nuevos, relucientes, con la memoria todavía vacía de datos, con el aspecto de muñecos fríos y muertos. AD-23670-M, AD-23671-M, AD-23672-M, AD-23673-M…

Kim se detuvo. Enfocó a la unidad que tenía ante ella, y leyó el número de serie grabado en el hombro de aquel biobot: AD-23674-M.

—Te encontré, amiguito —murmuró.

Súbitamente, el biobot abrió los ojos y la miró.

Kim se sobresaltó, y casi dejó caer la linterna. Con el corazón latiéndole con fuerza, furiosa ante aquel incidente, alargó la mano hacia el cable de alimentación para desconectarlo. Tiró del cable, que cedió sin necesidad de presión. Kim se quedó con el enchufe en la mano, consternada, sin terminar de comprender qué estaba pasando allí. El androide seguía mirándola, y no había estado conectado en ningún momento.

—Cuña, ¿qué es lo que pasa? —preguntó TanSim por el intercomunicador.

Kim no contestó. Sus ojos estaban fijos en los ojos de aquel biobot, que se habían iluminado con un leve resplandor azulado que parpadeaba misteriosamente en la oscuridad. De pronto apareció en su frente una marca luminosa muy extraña, un símbolo que Kim no había visto nunca...

© Laura Gallego García